



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEON



A nuestros muy amados diocesanos:

Stote ergo imitatores Dei sicut filii charissimi.

(Ad Eph. cap. V. v. I.)

Sed pues imitadores de Dios como hijos muy amados.

(Palabras del Apóstol S. Pablo á los fieles de Efeso, cap. 5. v. I.)

RINCARECIENDO el Apóstol á los fieles de Éfeso el gran beneficio y honor que habían recibido al llamarse cristianos, *ya no sois*, les decía, *huéspedes ni advenedizos, sino ciudadanos de la patria de los santos y familiares de la casa del Señor* (1) porque, añade, escribiendo á los colosenses, *el Señor nos sacó del poder de las tinieblas para llevarnos al reino de su Hijo muy amado que nos redimió por medio de su sangre* (2) *clavando á la cruz el decreto de nuestra eterna condenación* (3).

Con sobrada razón, por tanto, el Príncipe de los Apóstoles decía á los fieles de la primitiva Iglesia, amenazados por todas

(1) Ad eph. 2, 19.—(2) Ad col. 1, 13 et 13.—(3) Ad col. 6, 14.

partes de persecuciones y tiranos: *ninguno de vosotros sea perseguido por delincuente, más si alguno padeciere por ser cristiano, no se avergüence, antes por el contrario alabe al Señor en este nombre,* (1) porque nada puede haber más digno de nuestras alabanzas que este nombre bendito que nos recuerda la infinita misericordia y bondad del Verbo Divino, *luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo,* (2) que, sin mérito alguno de nuestra parte, *quiso habitar entre nosotros* (3) y, como en el principio mandó que la luz brotara del seno de las tinieblas, así iluminó nuestras inteligencias con los resplandores de la eterna sabiduría, (4) para que pudiéramos entender con todos los santos cuan grande y acabada sea la caridad de Cristo (5) y el encendido amor de Dios para con nosotros que, estando muertos por el pecado, fuimos resucitados en Cristo y elevados por su gracia á la gloria del Cielo; (6) trasladándonos de la muerte á la vida, (7) porque de la misma manera que, en Adán todos nacimos, así en Cristo todos fuimos vivificados (8) y, como por el delito de uno solo todos fuimos constituidos pecadores, así por la justicia de otro todos somos justificados (9) y de hijos de ira pasamos á ser hijos de bendición, participantes de la divina naturaleza (10) herederos de Dios y coherederos de Cristo (11) y por tanto de la eterna bienaventuranza (12).

Mas, si el Espíritu Santo nos amonesta que *cuidemos con esmero del buen nombre, porque vale más que muchos tesoros* (13) ¿cuánto más estrecha será la obligación en que estamos nosotros de velar por la gloria y limpieza de este nombre bendito de cristianos, que tantas grandezas significa y tan señalada estima merece al Padre de toda grandeza? *Escrito está,* dice el Apóstol San Pedro, *seréis santos porque yo soy santo, y si llamáis padre al que sin acepción de personas juzga según las obras de cada uno, vivid con precaución*

(1) 1 Pet. 4, 16.—(2) Joan 1, 9.—(3) Joan 1. 14.—(4) Ad cor. 4, 6.—(5) Ad eph. 3, 18.—(6) Ad eph. 2, vv. 4, 5, 6 et 7.—(7) Joan 3, 14.—(8) 1 ad cor. 15, 22.—(9) Ad rom. 5, 19.—(10) 1 Pet. 1, 18.—(11) Ad com, 8, 17.—(12) 1 Pet. 3, 22.—(13)—Eccli. 41, 15.

el tiempo de vuestro destierro, sin olvidar que habéis sido redimido de la vana superstición de vuestros antepasados, no con oro ó plata corruptibles, sino con la sangre del cordero inmaculado y limpiísimo Cristo Jesús (1) y que sois raza elegida, real sacerdocio, gente santa, pueblo de adquisición, para que anunciéis las grandezas del Señor que de las tinieblas os llamó á su claridad admirable. Amados de mi alma, os ruego que, como peregrinos y extranjeros os guardéis de los carnales deseos que luchan contra el alma, siendo vuestra conducta ejemplar de tal manera, que las gentes que os desprecian hoy como malhechores glorifiquen á Dios por vuestras buenas obras; (2) procurad responder dignamente, dice el Apóstol, á vuestra vocación (3) y sed imitadores de Dios como hijos muy amados (4) porque fuisteis algún tiempo tinieblas, mas ahora sois luz en Cristo y los frutos de la luz son en todo tiempo obras de verdad, de bondad y de justicia (5).

Nada más grande ni más hermoso en la historia de los hombres que la docilidad prontísima con que los primeros fieles pusieron en práctica con un heroísmo digno de la magnitud de la empresa, estos consejos y amonestaciones de los discípulos del Salvador, rivalizando entre sí en virtud y santidad que llenó la tierra de buenas obras y el cielo de bienaventurados; el desprendimiento de las cosas terrenas, el anhelo por las grandezas del cielo, el amor de los enemigos, el espíritu de sacrificio llevado hasta la muerte y la absoluta renuncia de sí mismo y de la vida presente fueron virtudes fecundísimas que *renovaron la faz de la tierra*, según la palabra del Profeta, (6) y llenaron completamente el sentido de la parábola del grano de trigo que, *mortificado por la infidelidad de los judíos, había de producir frutos abundantes por la piedad de las gentes*. El pueblo cristiano pudo entonces repetir con el Apóstol: *nuestra vida está escondida en la de Cristo, y cuando*

(1) 1 Pet. 1 vv. 1, 6, 17, 18 et 19 — (2) 1. Pet. 2, 9, 11, et 12. — (3) Ad eph. 4. 1 — (4) Ibid. 5, 1. — (5) Ibid. 8. — (6) Ps. 103.

Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces apareceremos con Él en la gloria (1); porque, muertos aquellos piadosos fieles á la vida del mundo, suspiraban solo por la vida del cielo en donde Cristo está á la derecha del Padre y solo amaban las cosas de arriba no las de la tierra (2) en donde no tenemos ciudad permanente (3); ni querían atesorar sobre la tierra en donde los ladrones y la polilla roban y destruyen (4) sino que atesoraban en el cielo en donde estaba su corazón porque, locura sería, dice San Juan Crisóstomo, embellecer y adornar la casa que pronto ha de ser abandonada y no pensar en aquella que hemos de habitar para siempre (5).

No son, en verdad, amados Hijos y por desgracia nuestra, no son estos los sentimientos de nuestro corazón y (aunque deseamos honrarnos con el nombre de cristianos) nuestras obras contradicen ordinariamente á nuestras palabras. Porque, si atentamente lo consideramos, ¿cómo nos atreveremos á decir que vive en nosotros el espíritu de Cristo? *No está mal, dice San Juan Crisóstomo, (6) que tus palabras publiquen tu religión y los grandes dones que con ella has recibido; pero yo quisiera conocerte en tus pasos, en tu rostro, en tu vestido y en todas tus acciones. Mas cuando veo que los lugares de tu agrado no son las iglesias y las visitas de los ofligidos sino los teatros y casas de pasatiempo, cuando miro tu semblante desenvuelto y lascivo, cuando observo que tus vestidos son profanos y lujosos, cuando te rodeas de jóvenes ociosos y corrompidos, cuando tus pláticas no son santas y piadosas sino escandalosas y vanas murmuraciones, cuando no pones coto á la gula y te entregas á todas las concupiscencias ¿Unde potero te fidelem agnoscere, dictis omnibus contraria protestantibus? Por dónde, dime, conoceré que eres cristiano si así te manifiestas en tus costumbres? Muéstrame tu fé en las obras; dice el Apóstol Santiago (7) porque por los frutos se conoce el árbol, según las palabras de nuestro Redentor Jesu-*

(1) Ad Gal. 3, 3.—(2) Ib. 3, 1.—(3) Ad Heb. 13, 14.—(4) Mat. 6, 19.—(5) Hom. 34.—(6) Hom. 23.—(7) Jac. 2, 18.

cristo, (1) y no serán justificados los que oyen, sino los que practican la ley; (2) de manera que tal será el nombre que tengas en la presencia de Dios, dice San Agustín, (3) cuales hayan sido tus obras, por las cuales el Señor te condenará ó absolverá en el día del Juicio delante de los ángeles del cielo.

La santidad de Jesucristo, nuestro Señor, y los ejemplos de eterna vida que nos legó para nuestro aprovechamiento, el celo de los Apóstoles y la fiel correspondencia á la gracia de que tan señaladas pruebas dieron nuestros antepasados serán para nosotros motivos más poderosos de infamia y vilipendio, si no procuramos seguir en nuestro viaje terreno las huellas de tan ilustres ascendientes. San Gregorio Nacianceno refiere á este propósito la respuesta que á un mancebo de noble cuna, pero de costumbres corrompidas dió un hombre humilde y virtuoso; *Para mí será afrenta mi linage, pero tú eres la deshonra del tuyo.* (4) (¿Cómo podría un cristiano escuchar sin horror semejantes palabras? y sin embargo, afrenta somos de nuestra religión en las licenciosas costumbres en que vivimos, afrenta de la santidad de Cristo las impurezas con que nos manchamos, afrenta de la iglesia las profanaciones públicas que consentimos, afrenta del espíritu de mortificación de nuestros padres los placeres livianos en pos de los cuales loca y desenfrenadamente corremos y afrenta de nuestra fé y de nuestra esperanza inmortal el apego y ambición por las cosas de la tierra que consume en llamas de lascivia y sed de goces nuestras entrañas.

Y no es que condenemos, mis amados hijos, el honesto placer y las recreaciones inocentes, cuando está escrito: *«alegraos siempre en el Señor;»* (5) mas nuestras alegrías y placeres han de ser modestas y puras, *modestia vestra nota sit omnibus hominibus* (6) y muy lejos del espíritu desenfrenado y materialista que se refleja en los goces de los mundanos de que nos habla la Escritura y que se apresuran á *coronarse de rosas y apurar la copa*

(1) Mat. 7, 20.—(2) Ad rom. 2, 13.—(3) In med. c. 29.—(4) Nac. 313.—(5) Ad phi. 4, 4.—(6) Ib. 5.

de las terrenales delicias porque la vida es breve y corta y la juventud pasa rápidamente; (1) ni reprendemos, antes aplaudimos, muy de veras el honrado trabajo que es una de las mas hermosas virtudes cristianas; mas no podemos menos de -anatematizar con todas nuestras energías el ansia insaciable por los bienes de la tierra, que mata en el alma el deseo de las celestiales promesas y conduce al olvido completo de nuestros deberes cristianos. Porque, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ó qué podrá encontrar en la tierra tan precioso que valga más que su eterna salvación? (2) Por lo tanto, dice el Apóstol (3) ya comáis ó ya bebáis, ya os ocupéis en alguna otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios sin escándalo para los hombres y sin detrimento de la gloria de vuestra madre la iglesia; templos sois del Espíritu Santo que habita en vosotros y prendas de Dios sois compradas á un gran precio. Glorificad al Señor en vosotros (4) y pues el tiempo de nuestra vida es breve (5) no pegueis vuestro corazón á los bienes y goces de la tierra; los que lloran y están afligidos, consuélense, los que se alegran moderen su alegría, y los que tienen bienes de fortuna háganse pobres de espíritu y vivan en este mundo como pasajeros, porque la vida del hombre es de un día sobre la tierra; buscad, por tanto, en primer lugar el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura (6).

Más, al hablaros así, no pretendemos, amados hijos, daros en cara con vuestras faltas si por desgracia habéis cometido alguna en el cumplimiento de vuestros deberes cristianos, sinó mostraros el camino por donde podáis más fácilmente enmendar vuestros yerros y disponeros á recibir las bendiciones de nuestro Padre celestial que, si cuando éramos pecadores, como dice el Apóstol, nos amó con tan grande ternura que nos dió á su Hijo divino, después de tener tal valedor y abogado, ¿cómo podrá negarnos su

(1) Sap. 2, 8.—(2) Mat. 16, 26.—(3) Sad. cor. 10, 31.—(4) 1 ad cor. 6, 19 et 20.
(5) Ib. 7, 29.—(6) Luc. 12, 31.

misericordia? (1) Por tanto, os diremos con el amado Discípulo (2) *Hijos míos, todo esto os he dicho para que no pequéis, más si alguno ha pecado, abogado tenemos delante del Padre, Jesucristo que es propiciación por nuestras culpas.*

Cercano está el día en que nuestra Santa Madre la Iglesia celebra el insondable misterio de su misericordia, *gran sacramento de la piedad de Dios*, la fiesta del nacimiento del Niño Jesús; *acercuémonos por tanto confiadamente al trono de la gracia para que consigamos la misericordia y obtengamos los auxilios divinos en tiempo oportuno* (3) *porque no tenemos un Pontífice que ignore nuestras miserias, sino que en todo quiso asemejarse á nosotros excepto en el pecado* (4).

Si despojados de terrenales concupiscencias y ganosos de saber el camino del cielo, nuestro corazón se ha levantado alguna vez suspirando con el Profeta: *muéstrame, oh Señor, tus caminos* (5) *y enséñame á caminar por los senderos del bien*; si con el afligido Job (6) hemos alguna vez deseado que *el mismo que ha de juzgar nos diese un libro en que aprender nuestros deberes para ponerle sobre nuestra cabeza*, el Verbo divino, sobrepujando nuestros deseos y esperanzas, quiere por sí mismo adoctrinarnos en la ley, cumpliendo la profecía de Isaías *el mismo Dios nos enseñará su ley* (7) y ser libro abierto á todos los hombres, para que en él aprendiéramos la virtud y la sabiduría, porque *el Señor que tantas veces nos habló por los Profetas últimamente ha querido hablarnos por medio de su Hijo* (8) el cual apareciendo entre los hombres vestido de nuestra carne ha podido decir *«ego qui loquebar, ecce adsum»* (9), porque el Padre celestial *quiso darle á conocer á las gentes para que fuera la salvación de todas hasta los confines de la tierra* (10).

(1) Ad rom. 5, 8.—(2) 1 Joan. 2, 1.—(3) Ad Heb. 4, 16.—(4) Ad Heb. 4, 15—(5) Ps. 24.—(6) Job. 31, 35.—(7) Isai. 28, 29.—(8) Ad Heb. 1, 17.—(9) Isai. 52, 6.—(10)—Is. 49, 6.

En esta escuela divina, en la que Cristo quiso ser el Maestro y el libro de nuestra santificación, aprenderemos el camino que á la bienaventuranza conduce, y encontraremos la vida por la cual suspiramos, porque Cristo *es el camino, la verdad y la vida*; (1) en Él hallaremos el desprecio de la tierra y la humildad del corazón, ya le contemplemos *niño reclinado en un pesebre* ó ya le sigamos en sus divinas predicaciones en que dice: *bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran* (2) ó le acompañemos en toda su vida sobre la tierra, porque *las raposas tienen sus guaridas y las aves del cielo sus nidos, mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza* (3).

No dejemos pasar la ocasión, mis amados hijos, y puesto que la voz de la gracia llama á las puertas de nuestro corazón, corramos presurosos á entrar en las moradas de los justos, porque Cristo *es la puerta de la vida; el que entrare por ella encontrará á todas horas pastos abundantes de salud y bendición*: (4) *hé aquí el tiempo aceptable, hé aquí el día de salud*, como dice el Apóstol, (5) *no recibáis en vano la gracia del Señor, porque escrito está: en el tiempo oportuno te escuché y en el día de salud te di mi auxilio*.

Mas si, al comenzar este camino de vuestra regeneración, os salen al paso vuestros pecados de la vida pasada y os detienen los lazos de las pasiones, acudid al Señor del fondo de vuestro corazón repitiendo confiadamente con el Apóstol *«Todo lo puedo en aquel que me conforta, porque nuestra suficiencia y fortaleza de Dios es, que no abandona á los suyos*, (6) antes los anima con palabras de amor y caridad diciendo por el Profeta: *yo deshice como el humo tus iniquidades y disipé, como el sol disipa la niebla, tus pecados; vuélvete á mí porque yo soy tu Redentor*, (7) *venid á mí*, nos dice en el evangelio, *todos los que estáis fatigados y llenos de trabajos, que yo os ayudaré* (8).

(1) Joan. 14, 61.—(2) Mat. 5, 3 et 5.—(3) Mat. 8, 20.—(4) Joan. 10, 9.—(5) 2 ad cor. 6, 1 et 2.—(6) Mat. 11, 28.—(7) Ad phil. 4, 13.—(8) Isai. 42, 22.

á Dios, ese permanece (1) y esta es la recompensa que el Señor nos ha prometido, la vida eterna (2).

Satisfechos con esta gloriosa esperanza, llevando con paciencia las tribulaciones y orando sin intermisión (3) descienda sobre vosotros la paz del Señor, que sobrepuja á todas las mundanas satisfacciones y conserve vuestro corazón y vuestra inteligencia en Cristo nuestro Señor (4) para que siendo participantes de su pasión lo seáis eternamente de su gloria, que os desea de todo corazón vuestro Prelado, bendiciéndoos en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

† FRANCISCO,
OBISPO DE LEON.

Fiesta de los Desposorios de la Santísima Virgen, año 1901.

Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor,
Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Maestrescuela-Secretario.

Los Sres. Párrocos y Ecónomos leerán esta Carta Pastoral á los fieles el primer día festivo inmediato á su recibo.

(1)—1 Joan. 2, 17 —(2) Ibid. 23.—(3) Ad rom. 12, 12.—(4) Ad phil. 4, 7.

No es cosa fácil, en verdad, para el hombre renunciar generosamente á los halagos de la tierra, ni levantar su corazón al cielo inflamado en deseos de grandezas verdaderas; mas Cristo marchando delante de nosotros allana las dificultades y robustece nuestra debilidad con aquella fortaleza invencible que derrocó el poder de las tinieblas y arrojó de su reino al príncipe de este mundo (1) y nos dá el querer y el ser perfectos según su santa voluntad (2).

Ha llegado por tanto la hora en que *despojándoos del hombre viejo con sus vicios, os vistáis del nuevo con sus virtudes* (3) porque *no somos deudores de la carne para que vivamos según la carne* (4) sinó á Cristo *que nos amó y se dió en redención por nosotros.* (5) *Si sois hijos de Abraham,* decía Jesús á los judíos, *imitad los ejemplos de vuestro padre;* si queréis ser llamados hijos de Cristo seguid las huellas de Nuestro Redentor que en la noche de la cena volviéndose á sus discípulos decía: *ejemplo os he dado, para que así como yo he obrado, así obreis vosotros* (6) *pasó la noche y ha llegado el día, vivamos pues con honestidad no en comilonas y reprehensibles excesos, no en quimeras y murmuraciones, sino vestidos de nuestro Redentor Jesucristo* (7). *No améis al mundo, ni las cosas que hay en el mundo; porque el que al mundo ama no tiene en sí la caridad de Dios, pues todas las cosas que en él hay son concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida* (8). *Porque apareció á todos los hombres la gracia de Nuestro Dios y Redentor, para que renunciando á la impiedad y á los deseos mundanales vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y el advenimiento de la gloria del gran Dios y nuestro Redentor Jesucristo* (9) *y el mundo y su concupiscencia pasa, más el que ama*

(1) Joan. 12, 31.—(2)—Ad phil. 2, 13.—(3)—Ad col. 3, 9.—(4)—Ad rom. 8, 12—(5)—Ad eph. 5, 2.—(6)—Joan. 13, 15.—(7)—Ad rom. 13, 13, et 14.—(8) Joan. 2, 15 et 16.—(9)—Ad Tit. 9, 11.